

La Biografía Respetuosa

Gerardo Laveaga

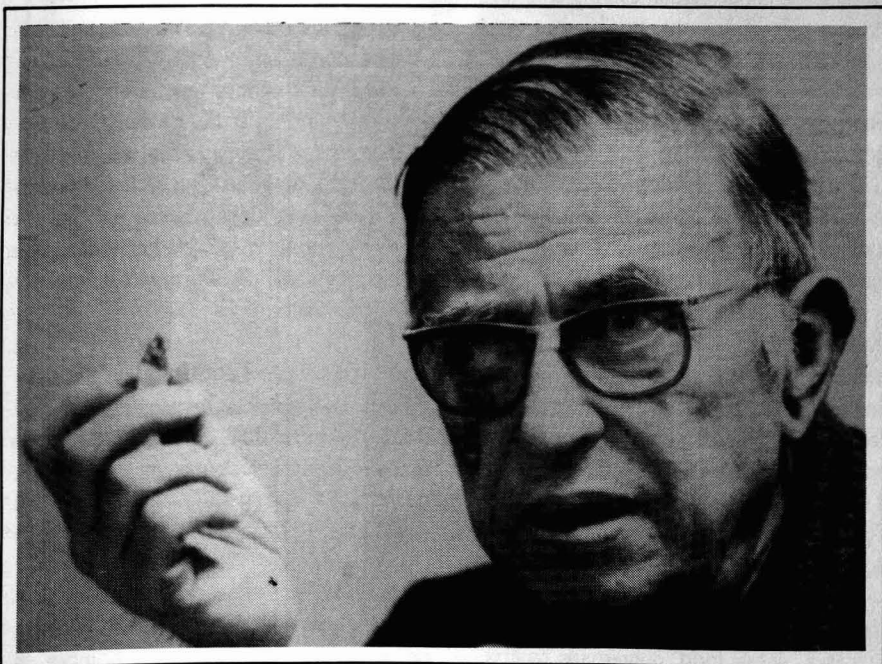
Annie Cohen-Solal le habría resultado muy útil recordar la lección del *Génesis* antes de emprender su monumental biografía de Sartre: Dios creó al hombre a su imagen y semejanza pero, para dotarlo de vida, tuvo que soplar sobre él. Es cierto que en su libro, la agilidad del estilo apenas permite descubrir la profusa documentación de la que se valió y que el vigor académico no hace perder el interés por la lectura en ningún momento. Es cierto que esta biografía es la más completa que hasta ahora se ha escrito sobre el filósofo y que se lee como "una novela de desarrollos infinitos". Sin embargo, al terminarla, la figura de Sartre empieza a desvanecerse. Quedan los recuerdos de su familia, la muerte de su padre, los pleitos que tuvo el pequeño *Poulou* con sus compañeros de *La Rochelle*, la amistad que cultivó con Paul Nizan en el liceo *Henri IV* y su relación con Annie-Marie Schweitzer, su madre. Quedan, por supuesto, sus primeras actividades subversivas en la *École Normale Supérieure*, sus lecturas frenéticas —trescientos libros al año— y se delinean aquellos elementos sociales que, en lo futuro, conformarían su ideología... De lo que no queda casi nada es del ser humano. En *Sartre 1905-1980*, faltó la irreverencia que, en el caso de cualquier biografía memorable, novelada o no, constituye el soplo vital.

"Lo que ha ejecutado un gran hombre se encuentra en las enciclopedias", dice Emil Ludwing. "Cómo lo hizo, por qué lo hizo de esta y no de aquella manera, lo que él deseaba y, sin embargo, no consiguió, debe encontrarse en su biografía". Afortunadamente, la vida de Sartre es tan poco solemne que ninguna veleidad académica bastaría para menoscabar su interés. Tal vez la autora lo sabía y por eso se dispuso a intentar esta difícil yuxtaposición. Difícil porque la seguridad en sí mismo que tenía el filósofo, sus ambiciones de juventud, por ejemplo, aquí dependen de las propias declaraciones documentales de Sartre —"la época en que yo era un millar de Sócrates"— y no de un análisis de su conducta. Difícil porque su relación con Simone de Beauvoir se reduce a sus cartas, a las memorias de su compañera y a los testimonios de quienes trataron de cerca a la pareja. Las licencias que Annie Cohen-Solal se concede para los comentarios son escasas pero —reconozcámoslo— muy acertadas. Constituyen lo mejor de la biografía: "Quien no es famoso a los veintiocho años"—cita los apuntes de Sartre—"debe renunciar para siempre a la gloria". Y luego, en un alarde de osadía, añade: "En contra de sus previsiones, no conocerá la fama y la gloria hasta después de la Segunda Guerra Mundial, a los cuarenta años".

Más adelante, nos enteramos de los experimentos que el filósofo hacía consigo mismo —las alucinaciones de paraguas-buitres que le produjo la mescalina—, de las dificultades que tuvo para publicar *La Nausée*, de su fracaso con *Les Mouches*, de sus viajes, de las dosis de *corydrane* que ingería para poder mantener su ritmo de trabajo y del buen éxito de *Les Temps Modernes*, la revista que le permitiría consolidar su liderazgo intelectual. Hacia la mitad del libro, el alud de datos ya debía habernos ayudado a entender todo el poder que Sartre estaba concentrando en sí mismo y la forma tan hábil en la que diversificaba sus actividades. Pero no. Esto lo entendemos, más bien, por otro de los análisis de la autora: "Quiso sobresalir a toda costa, sobresalió, aplastó a los demás con la increíble superioridad de su talento y su megalomanía, y luego se extrañó del resultado." Lo mismo ocurre al tratar de comprender la naturaleza de sus fricciones con Albert Camus: "Sus estrategias, ritmos y estilos eran totalmente diferentes: Camus permanecerá fiel durante toda su vida a su bagaje cultural; Sartre será un traidor, como sólo los verdaderos herederos pueden serlo, y romperá con convicción y sin la menor vacilación el contrato burgués bajo cuyo régimen había nacido."

Lamentablemente, para hablar de la última etapa de la vida de su personaje —su lucha al lado de los maoístas, el rechazo del premio Nobel, su decadencia, los esfuerzos que hizo para mantenerse a la vanguardia—, la autora regresa a las entrevistas publicadas, a las conversaciones, a las cartas. A pesar de esta profusión, lo que ha hecho ya no le permite ocultar con habilidad sus propias impresiones. El tono la delata.

Al referir, digamos, la relación que Sartre tuvo con Benny Lévy (Pierre Victor), su secretario particular, Annie Cohen-Solal no logra disimular cuánto le disgusta que el joven haya tuteado al filósofo. (¡Cómo no iba a disgustarle!) Al aproximarse al final de la biografía, casi parece tentada a echar mano de un juicio definitivo, de una paráfrasis al menos, pero titubea, piensa lo que dirán los académicos y —sólo un lector atento puede imaginar lo que le costó decirse— termina recurriendo a las comillas. "Una chica como tú", habría dicho el protagonista de un célebre drama sartreano, "no puede disparar contra un hombre como yo". ♦



Jean Paul Sartre

Annie Cohen-Solal: *Sartre 1905-1980*.
Edhasa, Barcelona, 1990